

El crecimiento industrial de La Olmeda en el siglo XVIII

José A. Nieto Sánchez (Grupo *Taller* de Historia Social, Ambite)

Casi se podría afirmar que toda la primera mitad del siglo XVIII en La Olmeda de la Cebolla se resume en un nombre propio, Juan de Goyeneche. Él es el principal protagonista de ese período, tanto por su personalidad como por la originalidad de sus proyectos y el carácter pionero de las empresas industriales que puso en marcha. No en vano sobre su vida y obra se han vertido ríos de tinta y organizado multitud de jornadas y coloquios. Pero seríamos tremendamente injustos si la figura de Goyeneche lograra dejar en penumbra a los cientos de trabajadores y trabajadoras que acudieron a su reclamo y sin los cuales no se habrían materializado sus brillantes ideas: desde artesanos locales poco especializados a artesanos extranjeros dotados de las más altas cualificaciones y honores; desde hilanderas de La Olmeda y pueblos aledaños, hasta operarias procedentes de un extenso radio de Castilla la Nueva. En las páginas que siguen hablaremos de Goyeneche, por supuesto, así como también de estos seres anónimos cuya existencia sólo conocemos a través de la figura del navarro¹.

Un navarro en Madrid

Natural de la villa de Arizcún, en el valle del Baztán, Juan de Goyeneche nació en otoño de 1656 fruto del matrimonio de Martín de Goyeneche y Catalina Gascón, vecinos del mismo lugar. Como todos los baztaneses, los Goyeneche eran hidalgos de poca monta². Juan tenía otros cinco hermanos y muy pronto se vio obligado a abandonar su tierra natal debido a un sistema de transmisión patrimonial que sólo reconocía como heredero al designado por el padre.

A Madrid llegó nuestro hombre poco antes de 1670. No le fue difícil adaptarse al círculo cortesano ya que la comunidad navarra de Madrid tenía sólidos contactos con el mundo de las finanzas. Así fue como gracias a la protección de otro navarro, el conde de Oropesa, Goyeneche escaló a puestos en la administración del Estado. Es preciso aclarar

¹ J. Caro Baroja, **La hora navarra del siglo XVIII (Personas, Familias, Negocios e Ideas)**, Pamplona, (2ª. ed.) y F. J. de Benito Aparicio, **El Nuevo Baztán en sus orígenes**, Madrid, 1981.

² La monarquía hispana otorgó la condición de hidalgos a todos habitantes de los pueblos de la cornisa cantábrica y Navarra por suponerseles carentes de mezcla con musulmanes y adalides en la lucha contra estos.

que entonces muchos funcionarios concebían la Hacienda Real como un coto privado más que como parte de la administración pública, y que dicha confusión entre lo público y lo privado era absolutamente intencionada. No es todo oro, por tanto, lo que reluce en las andanzas de nuestro personaje. Así, en sus inicios, Goyeneche compaginó los puestos de Tesorero de las cuentas secretas de Carlos II y Tesorero General de Milicias con negocios privados, aprovechando los beneficios que para la evolución de estos últimos ofrecía la proximidad al favor regio; de modo que entre 1693 y 1695 lo vemos participando en una compañía constituida para arrendar la *renta de Tablas*. Estaba labrándose un nombre y también, gracias a su generosidad, ganándose el favor de los suyos: sólo ocupó durante un año el cargo de Tesorero de la reina -en 1700-, pero le fue suficiente para, al enviudar ésta, traspasarlo a su sobrino Juan Tomás³.

Bien asentado en Madrid, Goyeneche pasó a introducirse en el lucrativo ámbito de los préstamos, constituyendo la base de posteriores operaciones financieras más complejas como los arrendamientos de rentas o los asientos para el abastecimiento del ejército. Comenzó entonces a forjarse un círculo de relaciones en el que figuraban personajes que, ya en el reinado de Felipe V, llegarían a lugares muy altos en el mundo de los negocios, como José Aguado o Blas Joaquín Manrique⁴. Goyeneche era un hombre inquieto, bien dispuesto a buscarse aliados, que se movía en los negocios como pez en el agua y siempre con las miras puestas en el aumento de éstos. Por ello, ya finalizando el XVII, se interesó en la adquisición del privilegio editorial de las Gacetas y, especialmente, en la consecución de un asiento para el suministro de la Marina, por el que se comprometía a abastecer a la Armada de mástiles, tablazón, pez, brea y alquitrán. Este era un negocio en el que podía sentirse cómodo, ya que estaba familiarizado con el tema por su puesto de Tesorero General de Milicias y conocía a la perfección el territorio navarro del que procedía buena parte de los materiales demandados. Este asiento se mantendría hasta 1723⁵.

Los sólidos apoyos de Goyeneche en la burocracia hacendística de Carlos II, último rey de la Casa de los Austrias, no le impidieron cambiarse de bando en el momento de la Guerra de Sucesión (1702-1714). De hecho, el grupo de financieros en el que estaba integrado el navarro apostó decididamente por el candidato francés, Felipe

³ S. Aquerreta, **Negocios y finanzas en el siglo XVIII. La familia Goyeneche**, Pamplona, 2001, p. 93-105.

⁴ Negocios siempre relacionados con el textil, ya fuese como empresarios manufactureros o como simples asentistas.

⁵ W. Callahan, "Juan Goyeneche, Industrialist in Eighteenth Century Spain", **Business History Review**, 1969, 43, pp. 152-170 (esp. pp. 160-161).

de Anjou, en el conflicto sucesorio, como lo deja patente la realización de numerosos asientos a favor de éste. Llegados a este punto, y antes de abordar el ascenso final de Goyeneche, quizás convenga detenernos en la función que tenía un asentista en el turbulento período bélico con que se inició el XVIII.

Dado que no todo el material de guerra y el abastecimiento del ejército estuvo controlado por manos extranjeras, las industrias españolas de textiles y armamentos, las más importantes a la hora de afrontar la contienda, fueron mejorando su capacidad productiva al compás del desarrollo de ésta⁶. Para dotar a la milicia de dichos productos, se acudía a compañías de hombres de negocios que arrendaban o contrataban este servicio, de forma muy parecida al sistema utilizado para la percepción de los impuestos. Se funcionaba, por tanto, por medio de asientos que sólo estaban al alcance de las compañías más importantes, las únicas que podían reunir el capital necesario para firmar estos contratos. Los particulares recaudaban impuestos y abastecían al ejército por medio de una cesión estatal de estas parcelas. Es lo que J. F. Bosher ha denominado la “empresa privada en las finanzas públicas”⁷.

Ya hemos dicho que Goyeneche se apuntó al bando del candidato francés desde el comienzo de la guerra y, por tanto, estuvo en el círculo de los que monopolizaron el campo de los asientos y los arrendamientos de rentas provinciales. Felipe V supo recompensar estos favores. Así, las distintas actuaciones de Goyeneche le valieron el ya referido nombramiento de Tesorero de la reina María Luisa de Saboya. En 1710 le vemos abasteciendo a las tropas a través de nuevos asientos, algunos difíciles de conseguir dada su importancia estratégica en el marco de la contienda. Para hacerse con el de 1712 se vio obligado a constituir una compañía con otros hombres de negocios. Conocida con el nombre de Goyeneche-Valdeolmos, dicha compañía duró 17 años y no se limitó exclusivamente a la realización de este asiento sino que participó también en otros negocios.

En consonancia con estos tratos, Goyeneche abordó un plan arriesgado que nos interesa en grado sumo: construir diferentes fábricas en las proximidades de la Corte. El riesgo era limitado porque conocía el terreno y disponía de privilegios de mercado y de información, como hemos visto, dada su trayectoria de veinte años en los negocios

⁶ H. Kamen, **La Guerra de Sucesión en España, 1700-1715**, Barcelona, 1974, pp. 79-80.

⁷ S. Aquerreta, **Negocios y finanzas...**, p. 112 y n. 54; J. F. Bosher, **French Finances 1770-1795. From Business to Bureaucracy**, Londres, 1970.

privados y públicos al alimón para su propio interés⁸. Es más, gracias a estas ventajas y a los dineros acumulados, no dudó en comprar la jurisdicción del término de La Olmeda de la Cebolla, lugar que eligió para ubicar las industrias destinadas al suministro del ejército.

En 1710 la industria de La Olmeda se reducía a cinco telares de paño basto, propios de la típica producción textil destinada al consumo local. Goyeneche sabía que no iba a encontrar la oposición de estos tejedores locales y decidió ese mismo año establecer su manufactura textil. Se basaba ésta en la elaboración de paños de calidad – los denominados “veintidosenos”- que pudiesen satisfacer las demandas de colorido de los variados cuerpos del ejército. Así, se comenzaron a elaborar paños blancos en La Olmeda y, gracias a la participación de prestigiosos tintoreros, se consiguieron distintos tonos de azul, pasando por el “pajizo”, el verde y mezclas llamadas “gris blanc” y “de fer”. Con ellos se surtía al ejército y se evitaba la importación de los selectos y caros paños de Francia –en especial de su fábrica de Lodève- e Inglaterra.

Sólo cabe añadir que el desarrollo de su proyecto fue meteórico. En 1719 ya ocupaba a 800 personas, entre hombres, mujeres y niños y niñas desde seis años, no sólo del lugar sino también de los pueblos cercanos. El impacto sobre éstos de la instalación industrial de La Olmeda fue tan importante, que años después se hablaría con admiración de aquella *edad de oro* cuando “todas las personas de aquellos pueblos de todas edades y ambos sexos estaban empleadas, sin que se viese un pobre, ni ocioso”. Su producción, centrada en paños finos, sombreros y ante, tenía una clara relación con el cercano mercado madrileño, puesto que Goyeneche entregaba un importante renglón de la producción de su fábrica al almacén general de vestuario para las tropas de la Corte. En suma, un buen ejemplo de hasta dónde se podía llegar el matrimonio entre los intereses particulares y los poderes públicos⁹.

Entre julio de 1717 y junio de 1721 la compañía formada entre Goyeneche y Valdeolmos se hizo cargo de la provisión general de vestuarios y equipajes de las reales

⁸ Por las mismas fechas en que Goyeneche proyecta sus fábricas, la confusión interesada entre lo público y lo privado alcanzaba su máxima expresión en el espectacular robo de caudales públicos efectuado por altos funcionarios como Nicolás de Hinojosa, Tesorero General de Hacienda, más famoso por ser el propietario del Olivar de la Hinojosa, donde hoy está el Campo de las Naciones. La compra de esta enorme finca –un total de 368 hectáreas- procedía del dinero público que Hinojosa no tuvo escrúpulos en distraer hacia su propio bolsillo. Un análisis fascinante de este robo y de sus implicaciones políticas en S. Madrazo, **Estado débil y ladrones poderosos en la España del siglo XVIII. Historia de un peculado en el reinado de Felipe V**, Madrid, 2000.

⁹ E. Larruga, **Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España...**, Tomo IX, Madrid, 1790, pp. 176-197.

tropas, un asiento estrechamente vinculado con las fábricas de tejidos que Goyeneche había establecido en La Olmeda. Apoyándose en la hacienda pública, no dudó en fichar para su fábrica a lo más granado del artesanado continental. Además de los siete franceses que dirigieron inicialmente las labores de tintado, tundido y cardado, en 1718 hizo venir desde Francia al famoso maestro Guillermo Basala para ponerlo al frente de la fábrica. Dicho esto, todas las fuentes apuntan a que el grueso de los operarios eran españoles.

Con el concurso de unos y otros, en 1718 funcionaban en La Olmeda 26 telares que producían entre 4.000 y 5.000 varas de paño de idéntica calidad al importado anteriormente de Francia. Era una cantidad considerable, máxime si la comparamos con la que rendían por aquellas fechas los telares de Segovia, sin duda la ciudad industrial castellana por excelencia. No en vano, la producción de nuestro pequeño pueblo alcarreño rondaba un nada desdeñable 4 por ciento en relación a la elaborada en la ciudad del Acueducto (donde la década de 1710 se produjo una media algo inferior a 120.000 varas). Se estaba labrando la fama de los paños de La Olmeda en Madrid y el resto del país¹⁰.

Todo ello le valió a Goyeneche en 1719 la concesión de los mismos privilegios de que ya gozaba la fábrica de su amigo Aguado en Valdemoro, fundada dos años después que la de La Olmeda. Los favores prestados a Felipe V beneficiaban a Goyeneche en grado sumo, ya que le eximían de pagar impuestos - *alcabalas* y *cientos* – por un plazo de 30 años, y lograba la prioridad en el derecho de tanteo, el permiso de comerciar en Madrid “por ser donde habrá el mayor y más pronto consumo”, y la libertad de exportar géneros al extranjero sin pago de derechos excepto para América.

La aventura de Goyeneche era más ambiciosa que la de su colega Aguado, de ahí que hiciera un gran esfuerzo inversor en el factor trabajo: al sueldo de Basala hubo que añadir los más de 2.000 reales diarios en concepto de “jornales y trabajo”. Asimismo, emprendió la construcción de un hospital y un seminario “para la educación y enseñanza de los niños”. Pero la inversión de capital fijo no fue menor, ya que instaló dos oficinas para cada “gremio”, una casa tinte y dos batanes en el Tajuña. En suma, a través de su proyecto industrial, el de Arizcun acabó por articular una red de contactos industriales entre los distintos pueblos de La Alcarria madrileña.

¹⁰ A. García Sanz, **Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Castilla la Vieja**, Madrid, 1986, p. 225.

La importancia estratégica de los batanes del Tajuña

Podemos incidir en el batanado pues ésta no era una fase cualquiera en el proceso de fabricación del paño. Goyeneche sabía que necesitaba una fuente de agua corriente para limpiar sus paños de las impurezas que en ellos quedaban después de tejidos. Esa fuente la encontró en el Tajuña, en concreto, en su área de Ambite y Orusco. Aquí, obreros especializados, muchos de ellos extranjeros, se afanaron por acabar con el polvo y las grasas adheridas a los paños, al tiempo que les dotaban de las dimensiones, consistencia y brillo que Goyeneche y, sobre todo Basala, consideraban imprescindibles. Era una labor compleja que requería tiempo y unas instalaciones sofisticadas que no estaban al alcance de cualquiera¹¹.

En realidad el batanado era una operación que englobaba varias suboperaciones. La primera era el *lavado* en el batán y servía para limpiar el paño de la grasa que se había mezclado en la trama durante el tejido. Para ello se utilizaba greda, una arcilla arenosa que procedía de la localidad toledana de Magán. Combinaciones de agua caliente y considerables cantidades de esta tierra hacían que la grasa se adhiriera mejor a la arcilla, que luego se desprendía con facilidad tras aclarados alternos de agua caliente y fría. Toda esta fase se realizaba en los batanes de Ambite y Orusco. Después se procedía a la limpieza parcial del tejido sobre una sola superficie, razón por la que recibía el nombre de *cardado de envés*. Esta labor se llevaba a cabo de nuevo en La Olmeda, pues, para evitar fraudes en la calidad, se trataba de que no fuesen los mismos bataneros los encargados de realizarla.

Una vez limpiado el paño y cardado por un lado, se procedía al *batanado* propiamente dicho. Para esta operación se retornaba a los batanes de Ambite y Orusco, donde el tejido se prensaba mecánica y uniformemente con unos pesados mazos mientras era empapado en agua y aceite. Esta fase se denominaba *enfurtir* y se realizaba retorciendo el paño varias veces. Era una labor difícil, pues si se enfurtía más de lo

¹¹ Sobre la revolución que supuso el uso de los batanes hidráulicos en Inglaterra, véase E. Carus-Wilson, "An Industrial Revolution of the Thirteenth Century", en **Medieval Merchant Ventures**, Londres, 1967, pp. 183-210 y W. Endrei, "Changements dans la productivité de l'industrie lainière au moyen âge", *Annales*, E. S. C., XXVI, 1971, pp. 1.296-98. En la Península Ibérica, los primeros batanes aparecen en Cataluña en el siglo XII, mientras que en Cuenca se conocen molinos traperos desde comienzos del siglo XIII con un fuerte legado musulmán. P. Iradiel, **Evolución de la industria textil castellana en los siglos XIII-XVI. Factores de desarrollo, organización y costes de la producción manufacturera en Cuenca**, Salamanca, 1974, p. 45 y M. Riu, "The Woollen Industry in catalonia in the after Middle Ages", en N. B. Harte y K. G. Potting (eds), **Cloth and Clothing in Medieval Europe. Essays in Memory of Professor E. M. Carus Wilson**, Londres, 1983, p. 228.

debido, el paño podía rasgarse o agujerarse. Tras este tratamiento el paño reducía su longitud y peso adquiriendo un aspecto fibroso y compacto, que le daba el cuerpo y la homogeneidad definitivos. Acabada la batanadura, los paños eran desengrasados con jabón y devueltos a los *tiradores* o talleres de los *pelaires*, que aparecen mayoritariamente en instalaciones contiguas o unidas a los batanes¹².

El paño estaba listo para el *cardaje a la percha*, es decir, la limpieza del haz, el lado del paño que no había sido cardado antes del batanado. Era una operación complementaria de las labores de la batanadura y se iniciaba colgando los paños en los tiradores o perchas, donde se procedía a estirarlos hasta que alcanzaban las dimensiones reglamentarias. Mientras tanto, los pelaires, provistos de cardas y cardones especiales, cortaban el pelo a los tejidos y homogeneizaban su superficie. La operación requería mucho tiempo, lo que obligaba a emplear a un número elevado de obreros asalariados. Había paños que requerían del trabajo de dos hombres durante seis días completos así como la labor de supervisión de un maestro examinado (es decir, dos obreros dedicados continuamente a este trabajo no cardaban más de 60 paños al año). La lentitud del trabajo y el número de obreros determinaba el tamaño de los *tiradores* o instalaciones donde tenía lugar el cardado. Se trataba necesariamente de unos grandes complejos de producción en los que se podían realizar varios paños al unísono. Su propiedad o arrendamiento sólo estaba al alcance de hombres del capital de Goyeneche, y en ellos una masa de obreros asalariados y técnicos aportaban su trabajo.

En suma, estamos viendo que los batanes jugaron un papel fundamental en la estrategia de Goyeneche, de modo que hubo entre La Olmeda y los batanes del Tajuña muchos viajes de ida con tejidos crudos y de vuelta con paños batanados. Un reguero de mulas con sus cargas de paños recorrían en uno y otro sentido un sinfín de veces este camino en un espectáculo que debió de ser único en la zona y que se agrandó, sin duda, tras la instalación del proyecto industrial de Nuevo Baztán.

La alhaja de Goyeneche: la ciudad industrial de Nuevo Baztán

¹² El *pelaire* era el menestral que cardaba la percha, daba brillo y cortaba los pelos al paño una vez que éste volvía del batán. Se denominaban también pelaires a los bataneros, e incluso se identificaban ambos oficios por la localización y dedicación de la mano de obra. Pese a la diferencia entre las operaciones de los batanes y los tiradores, el conjunto de estas labores tendía a ser realizado o, al menos, dirigido, por los pelaires.

La década de 1710 trajo cambios importantes. Con la Guerra de Sucesión en un *impasse*, los asentistas de Felipe V dieron el do de pecho en su apoyo al bando borbónico a través de proyectos fabriles volcados en la pañería de calidad. Sirviéndose de sus contactos en Madrid, a Goyeneche no le fue difícil ganarse la amistad de José Benito de Churriguera, arquitecto al que contrató para construir el poblado de Nuevo Baztán y en el que ya en 1715 se instalaron las primeras industrias. Éstas eran de rasgos muy similares a las establecidas antes en la Olmeda de la Cebolla: fábricas para abastecer casi en exclusividad al ejército, concretamente su Almacén General de Vestuarios, de sombreros de munición y artículos textiles y de cuero. Sin embargo, en las fábricas de Nuevo Baztán Goyeneche pretendió ampliar el arco de su oferta y mercado para abastecer la demanda de lujo de la Corte y sustituir las importaciones, sobre todo, francesas¹³.

Con estas fábricas Goyeneche intentaba responder a los problemas de reindustrialización y repoblación surgidos tras la guerra. Su solución: construir una auténtica población industrial que acogiese tanto las dependencias fabriles como las viviendas de los trabajadores. Además abrió un almacén y una tienda en Madrid, en su misma casa de la calle de Alcalá, en la actual sede de la Academia de Bellas Artes de san Fernando, donde vendía los 2.500 sombreros que producían sus artesanos, amén de los paños y otros géneros textiles que también se acabaron por elaborar en Nuevo Baztán.

En efecto, el proyecto comenzó con una fábrica de sombreros, para la que volvió a contratar como director a otro maestro francés, pero pronto se extendió a otros tejidos, aguardiente, calzado, pañuelos de seda, colonias, cintas y otras industrias de cerería y confitería¹⁴. Estos establecimientos marcharon bien en los diez primeros años, período durante el cual los artesanos españoles empleados llegaron a ser nada menos que 500 en 1720. Y, lo que más nos interesa, el complejo industrial de Nuevo Baztán atrajo asimismo a los pueblos cercanos, dando trabajo a sus vecinos. No era raro, por tanto, ver a las mujeres de Ambite, Orusco, Carabaña, Villar del Olmo o Pezuela de la Torres, hilando para esta megafactoría textil, y a los hombres trasladando el producto hasta Nuevo Baztán, desarrollando, de este modo, la integración comarcal a que antes nos referimos.

¹³ S. Aquerreta, **Negocios y finanzas...**, p. 147.

¹⁴ B. Blasco Esquivias, "El Nuevo Baztán. Una encrucijada entre la tradición y el progreso", en VV.AA. **El innovador Juan de Goyeneche. El señorío de la Olmeda y el conjunto arquitectónico del Nuevo Baztán**, Madrid, 1991, pp. 27-49 (esp. p.31).

A pesar de la importancia concedida a su ciudad industrial de Nuevo Baztán y la energía desplegada en ella, Goyeneche no abandonó nunca sus proyectos industriales en La Olmeda. Es más, aquí tampoco concebía su experiencia sólo desde la óptica de la producción de paños, sino que se adentró en otros productos, como el ante, el papel o los sombreros. Del primero de estos géneros sabemos que estableció en 1715 una fábrica en La Olmeda. El lugar elegido fue la vega, donde se erigió una “gran casa, con muchos noques y las oficinas necesarias para el beneficio de las pieles”. Como siempre en sus proyectos, Goyeneche apostaba por la magnificencia, y como no podía ser menos, la calidad de su producción era exquisita, aunque aquí debía combinarse con la cantidad, pues el principal cliente iba a ser una vez más el ejército. Con estas premisas, en 1718 sus artesanos ya habían comenzado a elaborar 1.500 pieles de ante para cinturones y biricúes así como 250 gamuzas. Dos oficiales coleteros se dedicaban en exclusiva a hacer coletos, calzones y ajustadores de ante.

La experiencia con el ante no fue positiva y la fábrica tuvo que cesar ya en 1722 por falta de consumo, atraso en el cobro de los productos vendidos y la quiebra del director del establecimiento. Pero Goyeneche no se desanimó. Con los beneficios obtenidos en sus otras empresas, dio rienda suelta a su imaginación y en 1720 ideó la construcción en Nuevo Baztán de una fábrica de cristales integrada en su población industrial. Para ello solicitó le fuesen concedidos ciertos privilegios reales destinados a contratar a los maestros y oficiales extranjeros que previamente habían trabajado en una experiencia industrial fallida, dirigida por el fabricante Tomás del Burgo. De este modo, se hizo con los servicios de 20 artífices extranjeros con sus respectivas familias¹⁵.

Por estos años la apuesta industrial de Goyeneche parecía no tener límites y en el cercano pueblo de Ambite se materializaba otro de los proyectos emblemáticos de Goyeneche: la fábrica de papel. El interés por este producto le venía de tiempo atrás cuando trajinaba con las Gacetas. El lugar elegido era el ideal. Goyeneche conocía la fuerza de la corriente del Tajuña por sus continuos viajes a los batanes de Ambite. Aprovechando el batán de Vellaescusa, que ya había arrendado con anterioridad para la fábrica de paños de La Olmeda, se unía la circunstancia de que la cosecha de cáñamo podía servir de materia para la producción de papel. Así las cosas, en 1733, su molino

¹⁵ Con todo, este proyecto acabó en fracaso. Aunque también tuvo que contar con conflictos laborales de importancia, el traslado de la fábrica de cristales a Villanueva de Alcorón (en Cuenca) fue obligado por la carencia de leña en las cercanías de Nuevo Baztán. AHN, *Consejos*, leg. 7223, exp. 133 y leg. 27, exp. 9; E. Larruga, *Memorias...*, tomo IX, pp. 176-197 y F. J. de Benito Aparicio, *El Nuevo Baztán...*

de papel del río Tajuña mantenía ocupados a 30 trabajadores y era considerado por el mismo Goyeneche como “una de las principales alhajas que tengo”¹⁶.

Los apuros de los descendientes de Goyeneche

A la muerte de Juan de Goyeneche en 1735, la fábrica pañera de La Olmeda tuvo ante sí el reto de sobrevivir sin los privilegios de que había disfrutado en vida del fundador. Incorporada al primero de los mayorazgos que fundó Goyeneche en 1733, los primeros años de la nueva singladura fueron difíciles para la producción y los trabajadores. Definitivamente, Francisco Javier, titular del mayorazgo, no era como su padre. Su administración fue desacertada, los atrasos en las remesas del vestuario se sucedieron y la calidad de los paños re sintió. La firma de Goyeneche perdió en el mismo año en que muriera el patriarca de la saga las contratas con el ejército y aquí comenzó su debacle. Todo hace pensar que la fábrica había sido económicamente rentable gracias a sus contratos con la administración, las ayudas estatales y el canal privilegiado de la distribución militar. Pero al desaparecer el fundador, la competencia pujó fuerte en los nuevos contratos del ejército y asentistas con un peso importante en el campo de la importación de paños se llevaron el gato al agua. La decadencia del proyecto de Juan de Goyeneche era una realidad, los trabajadores dejaron de cobrar y los paños comenzaron a apilarse en los almacenes de la firma. Como última solución, hubo que vender el *stock* a precios ínfimos y con grandes pérdidas¹⁷.

Hay que reconocer que las décadas de 1730 y 1740 fueron un período de reordenación del sector industrial peninsular. La Junta de Comercio y Moneda, un macroministerio que aglutinaba las competencias sobre el sector industrial, había apostado fuerte por la gestión de ciertas fábricas y dirigía ahora la que demostraría a la postre ser uno de los mayores competidores de la pañería de La Olmeda: la Real Fábrica de paños de Guadalajara. Los directores de este mastodonte fabril pujarían fuerte para

¹⁶ S. Aquerreta, **Negocios y finanzas...**, p. 83. Junto a este molino de papel, los escritos de Larruga aluden a otros batanes, como los situados en el arroyo de Valmores, próximo a La Olmeda. Y Goyeneche realizó otras obras cerca de Ambite, como la presa que llamamos *El Paredón* en el arroyo de la Vega, y que, lejos de ser de época romana, está estrechamente relacionada con el regadío y abastecimiento de Nuevo Baztán. Un comentario detallado de las características técnicas de esta presa se encuentra en J. A. Fernández Ordóñez (dir), **Catálogo de noventa Presas y Azudes Españoles anteriores a 1900**, Madrid, 1984, pp. 280-285.

¹⁷ W. Callahan, “Juan Goyeneche, Industrialist...”, p. 165; S. Aquerreta, **Negocios y finanzas...**, p. 143. A pesar de todo, algo se movía en las fábricas, pues en febrero de 1742 se procedía al nombramiento de fabricante de sombreros en Nuevo Baztán AHPM, Prot. 15789, ff. 93r-94v.

hacerse con los contratos del vestuario militar, así como los de su filial establecida en San Fernando de Henares en 1748. Y, para hacer frente a esta competencia, los artesanos y empresarios del sector pañero que quisieran sobrevivir tendrían que reforzar sus estructuras organizativas e invertir capital en pañerías de gamas de baja calidad, en las que no se inmiscuyera la fábrica de Guadalajara. Con todo, estas gamas tampoco estaban libres de competidores: los pañeros catalanes, los de Alcoy y los de los pueblos toledanos de Ajofrín y Sonseca comenzaban a dejar en este segmento de la demanda sus primeras tarjetas de visita en el mercado madrileño¹⁸.

Todo indica que no eran estas las pautas de las fábricas auspiciadas en La Olmeda, aunque los directores de esta pañería intentaron diversificar riesgos y también se lanzaron por la senda de las calidades ordinarias. Se siguieron elaborando paños finos y de calidades intermedias (desde los estimados y caros paños treintenos a las bayetas más finas de color blanco y negro), y como novedad se reservaron varios telares y operarios para la producción de calidades ordinarias destinadas al consumo del común del país. Algunas de estas experiencias no fueron completamente negativas, pero los problemas derivados de la mala gestión de la administración militar motivaron enormes pérdidas al sucesor de Juan de Goyeneche. Como muestra valga un botón: los 22 reales y medio en que se fijó la vara de paño fino por la elaboración de 12.500 destinadas a vestir al cuerpo de Inválidos, se redujeron a 17 reales a la entrega final del pedido en el almacén militar. Nada menos que ¡68.750 reales! se habían quedado por el camino y nunca llegarían a ingresar ni en el bolsillo de Francisco Javier Goyeneche ni, por supuesto, en el de sus operarios y operarias.

Algún consuelo quedaba por la parte del instrumental. A pesar de la mala gestión y el abandono, la fábrica de La Olmeda mantenía parte de su antiguo esplendor. Hacia 1745 se conservaban, aunque parados, todos los telares, había un buen número de tijeras de tundir susceptibles de ser usadas, así como prensas “a la moda de Holanda”, millares de cartones importadas de Ámsterdam y otros útiles. Había, en suma, un buen capital invertido, y las máquinas podían ponerse de nuevo en marcha. Tampoco faltaban trabajadores y trabajadoras, pues uno de los méritos de la experiencia primigenia de Juan de Goyeneche fue asegurarse de que los artífices foráneos enseñasen los secretos

¹⁸ Un primer apunte de las gamas que comenzaban a llegar a Madrid dirigidas desde los centros citados en el texto, puede verse en J. A. Nieto Sánchez, **Artesanos y mercaderes: Una historia social y económica de Madrid (1450-1850)**, Madrid, 2006, pp.268-274 y tablas 14.2 y 14.3. Sobre las fábricas de paños de Guadalajara y San Fernando de Henares, A. González Enciso, **Estado e Industria en el siglo XVIII: La Fábrica de Guadalajara**, Madrid, 1980 y Varios Autores, **El sueño de un Rey. Historia de san Fernando de Henares desde la prehistoria hasta la actualidad**, Madrid, 1996, pp. 1010-110.

de sus oficios a los habitantes de la Alcarria de Madrid. Se había creado una cantera de mano de obra y los lugareños no olvidaron de la noche a la mañana lo aprendido. ¿Qué faltaba, pues, para poner en marcha otra vez un proyecto industrial?

Acabamos de afirmar que no todo estaba perdido a la altura de 1745. A la muerte dos años después de Francisco Javier Goyeneche, la Alcarria de Madrid pudo volver a la pujanza de las fábricas de su antecesor. Así, su otro hijo Francisco Miguel, conde de Saceda, no tardó en solicitar al rey Fernando VI la prórroga de los privilegios concedidos a su padre –en 1718 y 1719- por otros 30 años, alegando que sólo los habían disfrutado durante 16. Bajo la dirección del conde se vivió una nueva etapa de prosperidad gracias a la renovación de las ayudas estatales, la congelación de los impuestos y la consecución de varias contrataciones con el ejército. En 1749 el rey Fernando VI contestaba afirmativamente la demanda del conde, y la propia real cédula de aprobación hace alusión a que la calidad de los paños de estas fábricas era reconocida por los altos mandos militares: “fue tal su estimación que los regimientos hacían la pretensión de que su vestuario se les diese de los paños de la Olmeda”. No es baladí el comentario, pues los vecinos y, sobre todo, las vecinas de La Alcarria volvieron a recibir el impulso de las fábricas de Goyeneche. Este renacer también se notó en los pueblos cercanos. Pongamos el ejemplo de Ambite, donde los encargos no se agotaban en los paños batanados bajo la dirección del maestro Fernando Gutiérrez, sino que se extendían a las hilazas realizadas por las mujeres del lugar. Sin su concurso hubieran sido imposibles los nuevos bríos tomados por La Olmeda y Nuevo Baztán¹⁹.

La mejor muestra de la reactivación de estas fábricas son las 12.000 varas de paño entregadas en 1749 en el Almacén de milicias de Madrid –esta vez sí se cobraron los 228.000 reales fijados desde el principio-, el paso de 6 a 14 telares en La Olmeda y el total de 240 trabajadores, sin contar los empleados en los dos batanes del Tajuña. Por su parte, en el establecimiento de sombreros de Nuevo Baztán se ocupaban un maestro sombrerero francés, 15 oficiales, 20 desmotadores, 4 aprendices, 3 cardadores y 5 encargados de suministrar los materiales necesarios. En 1749 este centro producía 2.500 sombreros de medio castor, 2.000 ordinarios y 200 de lana. Igualmente, el obrador de medias de seda ocupaba a un maestro, 5 oficiales, 2 aprendices, y otras personas con ocupaciones diversas.

¹⁹ AGS, *Dirección General del Tesoro*, Inventario. 10, leg. 16 y E. Larruga, **Memorias...**, tomo IX, 1790, p. 205 .

El arrastre de las fábricas de los Goyeneche tuvo efectos positivos para el ramo del papel. A partir de 1748 se puso en marcha otra vez la fábrica papelera de Ambite, acabando la construcción de un molino anterior que ya en 1760 funcionaba a pleno rendimiento con 60 empleados. Tres años más tarde “se reconoció por orden superior, la calidad del papel de la fábrica”²⁰.

Había, con todo, mucho de voluntarismo en este resurgir, así como buena dosis de dependencia de las ayudas del Estado, ya que, en realidad, las bases de este renacimiento de mediados del siglo XVIII eran inestables y cualquier pequeña variación en la demanda de paños las ponían a prueba. La competencia se encargaba del resto. No en vano, Larruga, el célebre archivero de la Junta de Comercio y Moneda, constataba que los operarios de La Olmeda se pasaban a las reales fábricas de Guadalajara y San Fernando atraídos por las mejores expectativas salariales, al tiempo que tampoco podía competir la calidad de sus paños con la de los tejidos en estas fábricas, ni con la de los procedentes de Cataluña que comenzaban a inundar el mercado de Madrid.

Así las cosas, a finales de la década de 1750 la pañería, es decir, la principal fábrica de La Olmeda y sus alrededores, estaba de nuevo en crisis. En 1759 sólo se mantenían 6 telares de paños, 8 de medias, dos batanes y la fábrica de sombreros. Gracias a una inspección que se realizó en 1760 conocemos cómo era la fábrica de paños en esos años de declive. Situada a la entrada del pueblo, la fábrica constaba de tres salas. En la primera, de grandes dimensiones, se hallaban cinco telares corrientes, mientras que en la segunda, de mitad de superficie que la anterior, había otros cuatro ya parados. En la sala final había un telar en uso, una prensa todavía bien pertrechada, 30 pesadas plantinas de hierro, tres mil cartones finos y otros instrumentos de variada índole. No cuesta mucho pensar que aún era mucho paño el que podía haberse elaborado con ese utillaje.

Si hacemos un balance global de todo lo expuesto hasta aquí, podemos concluir que Goyeneche y sus descendientes sacaron una rentabilidad extraordinaria a sus fábricas. Su inversión en manufactura, un riesgo que pocos se atrevían a afrontar en la primera mitad del siglo XVIII, les fue recompensada con importantes beneficios económicos. Además, aunque no estuviera entre los objetivos de los Goyeneche, sus fábricas sirvieron para unir la Alcarria de Madrid, significaron un alivio para las

²⁰ En 1765 la fábrica estaba al cargo de Lorenzo Guarro, por lo que es muy posible que el conde de Saceda no considerase rentable la instalación y procediese a su arrendamiento.

misérrimas economías locales y estimularon la vocación industrial de los vecinos y, sobre todo, las vecinas de nuestros pueblos. Sin temor a equivocarnos, es posible defender que la experiencia de Goyeneche en La Olmeda mejoró las infraestructuras locales y sobre todo, contribuyó a integrar el espacio alcarreño y a aumentar las relaciones entre el centro y la periferia madrileña. Beneficios, en suma, que aminoran los posibles efectos negativos sobre los pueblos implicados –si el batanado y la producción de papel contaminaron el río, también hay que considerar la ausencia de productos químicos en estos contaminantes-, máxime cuando sabemos que el ejemplo precoz de estas fábricas sirvió de guía a futuros fabricantes para arriesgar sus capitales en este área de Madrid.

Nuevos fabricantes en la Alcarria

Tras la crisis demográfica que asoló los pueblos de la Alcarria de Madrid en la década de 1780 y la falta de estímulos agrarios, la revitalización de las manufacturas de Nuevo Baztán devolvió a la comarca su vital economía de antaño. Aunque la experiencia de Goyeneche era difícil de repetir, otros empresarios intentaron relanzar la pañería de La Olmeda y Nuevo Baztán. De forma indirecta, estos intentos afectaban al resto de pueblos, sobre todo, al trabajo de sus mujeres a disposición de los fabricantes.

Sin duda, una de las fábricas más importantes de Nuevo Baztán fue la instalada en 1796 por Gregorio García con el fin de elaborar paños y sargas. En los ocho años que median entre su establecimiento y 1804, Gregorio García puso 16 telares que produjeron 2.400 piezas de sarga y 54 de paños. En su fábrica de tejidos ordinarios enseñó a más de 300 hilanderas en las clase de *berbi* y *trama* para las sargas y paños. Una vez enseñadas, las hilanderas trabajaban en sus mismos pueblos, dentro de la Alcarria, así como en La Mancha. También enseñó a peñadores de estambre, apartadores de lana, lavadores, encarretadoras para los urdidos, urdidoras, tejedores, tres bataneros, y a todos los que fueron precisos para la ejecución de maniobras en los “tintes, ensamblados, enjuliados y prensa”. Sus géneros eran “tan a ley, y buena calidad que son muchos los que los desean para sus negociaciones y comercio”. Como en el caso de las fábricas de Goyeneche, el principal mercado de los paños de Gregorio García era Madrid, donde vendía al por mayor a sus mercaderes, pero también tenía tratos con otras ciudades peninsulares.

En 1806 la fábrica de Gregorio mantenía el tipo a pesar de que ya no corrían buenos años para la industria nacional y la crisis de dos años antes se había llevado a buena parte de la mano de obra. La fábrica contaba con el siguiente utillaje: 16 telares para el tejido de sargas²¹, 30 tornos hilando tramas en Nuevo Baztán, 24 en Corpa y 10 en Pezuela de las Torres. Todo este instrumental se valoraba en 28.000 reales, mientras que las lanas, hilazas, géneros inconclusos y otras materias ascendían a 70.000 reales. La fábrica contaba con un maestro de paños y sargas examinado por la Real Junta de Comercio, mientras que 112 hilanderas de rueca trabajaban en Quintanar de la Orden y 120 en Villamayor de Santiago. Pero el influjo de la fábrica de Gregorio se dejó sentir en otros muchos pueblos. No en vano, el mismo Gregorio afirmaba que “otro número de dichas hilanderas ... se mantienen al cargo de varios maestros en otros pueblos, los que compran lanas en vellón, y habilitan los estambres, y así se lo compra hilado”. Al suministro de hilaza se sumaba el trabajo del maestro batanero instalado en el Tajuña. En definitiva, los maestros que trabajaban en Nuevo Baztán, el batanero del Tajuña, las hilanderas de los pueblos cercanos y todo el resto de la plantilla dispersa produjeron las 3.268 piezas de sargas que salieron de la fábrica de Gregorio García desde su fundación²².

No eran unas cifras despreciables, máxime cuando sabemos que en 1790 los cinco telares que tenían en funcionamiento los fabricantes de La Olmeda sólo conseguían elaborar la ínfima cantidad de 188 piezas de paño negro y pardo. Sin duda, era el momento culminante de una crisis que no permite comparar esas cantidades con el esplendor de comienzos del siglo XVIII. Varios factores se unían para que esto fuera así. A la competencia despiadada ejercida por el paño catalán y las remesas extranjeras que inundaban ya las estanterías de las tiendas y almacenes de Madrid, se unían ahora los problemas en el acopio de la materia prima.

En este último terreno hay que destacar que a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX había nuevos agentes tras la pañería local. Los pañeros de La Olmeda se enfrentaban ahora con poderosos intermediarios que especulaban con los precios de la lana y dificultaban el abasto de esta materia prima. Así lo revela una petición conjunta elaborada el 24 de septiembre de 1802 entre varios fabricantes de paños de Olmeda de la Cebolla y Santorcaz. En esa solicitud los pañeros alcarreños

²¹ En ese momento sólo diez estaban en uso, pues el resto estaban “*parados... por haber muerto los operarios que los ocupaban*”.

²² AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 159, exp. 29 y leg. 387, exp. 49.

pedían a la Junta de Comercio y Moneda que se les respetase el privilegio de tanteo que tenían concedido en la compra de lanas porque desde hacia un tiempo “varios vecinos de Mondéjar... se han dedicado ... a hacer acopio de ellas para revenderlas a fabricantes, a precios subidos, de tal manera que los que se dedican a elaborar dichas manufacturas no pueden subsistir ni prosperar...”. La queja era muy explícita pues los “revendedores” se adelantaban a comprar la lana, de manera que “cuando el fabricante tiene noticia de ello, ya se les ha llevado y almacenado”. Pero, por desgracia para nuestros fabricantes, la autoridad competente no se avino a concederles lo pedido al estimar que el trato de los mondejanos proporcionaba a los fabricantes “precios más cómodos que lo harían comprando de mano del ganadero”. La Junta de Comercio constataba también que los gruesos capitales de los mondejanos permitían a los ganaderos vender la lana pronto y en grandes lotes, lo que facilitaba la obtención de un rápido capital susceptible de invertirse en el pago de las hierbas necesarias para el mantenimiento de las ovejas. En suma, los fabricantes de La Olmeda y sus alrededores comenzaban a conocer los envites del capital especulativo personificado en los acaudalados y avispados tratantes de Mondéjar²³.

Pese a todo, la misma queja de los pañeros de La Olmeda permite concluir que algo de paño se seguía elaborando en los telares del pueblo a comienzos del siglo XIX. Ese paño era tal vez ya el último vestigio de una herencia que arrancaba de la experiencia pionera de Juan de Goyeneche. Junto a él trabajaron muchos productores y productoras locales a los que se dotó de una cualificación que pasó de generación en generación, y que dotó a los paños de La Olmeda y sus alrededores de un nombre en el panorama textil de la España del siglo XVIII. Conviene recordarlo porque fueron esos hombres y mujeres los que protagonizaron uno de los momentos más fructíferos de integración social y económica que han vivido los pueblos de la Alcarria de Madrid.

²³ La solicitud estaba firmada por los fabricantes Ignacio Hernández, Andrés Cano, Pedro Cuevas, Gregorio Otero, Mateo García, Joaquín Jorge, López Riaza, Ángel Acebrón, Antonio Martínez, Ezequiel de Luque. Nos falta conocer la procedencia de cada uno de ellos. AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 359, exp. 10.